

## ***La desilusión puesta en escena sutilmente y con toda libertad***

**Yi-Hua Wu, Geneveactive.ch, 31 agosto de 2014.**

*La Ribot, Juan Domínguez, Juan Lorient – El Triunfo de La Libertad, el antiteatro que provoca el éxtasis del teatro.*

La caja negra del teatro es una máquina soltera muy maquillada, que usa los instrumentos del artificio para producir la ilusión seductora. En el ambiente clásico de La Comédie, tres ovejas negras, La Ribot, Juan Domínguez y Juan Lorient, han desviado ese procedimiento. Y es que en *El Triunfo de La Libertad* lo que, por lo general, se le oculta a la mirada, queda expuesto en toda su desnudez.

Al sentarse el espectador no se da cuenta aún de nada. Los minutos pasan. Entonces se pone a esperar tranquilamente, mientras va escrutando las paredes de un escenario reducido al estado de caverna primitiva. El tiempo sigue pasando. Y el espectáculo parece no haber comenzado. Sólo las variaciones ínfimas de la tenue iluminación del escenario suscitan algo de intriga a la vez que mueblan la espera misteriosa. De a poco, de manera imperceptible, una teatralidad del espacio se va instalando.

Discretamente un texto comienza a desfilar, idéntico, por tres paneles dispuestos en la escena. Es un monólogo textual que se insinúa ahí donde normalmente se acude al cuerpo del actor, al sonido, al movimiento, para hacer un relato, satírico e irónico, de las vacaciones de una pareja recién casada o bien, en lo que acaba siendo una analogía mordaz con la inacción de la pieza, de la noche del 14 de julio de 1789 cuando Louis XVI escribe en su diario: “Hoy, nada”.

El espectador se enfrenta a una paradoja: un acontecimiento que oscila entre la aparición y la desaparición. Esta puesta en escena de la desilusión tiene el atractivo ambiguo de la ilusión en una atmósfera de indiferencia, de frío desapego, de silencio, que va mucho más allá del efecto de distanciamiento.

En este espectáculo, centrado en el texto –esencial en el ritual del teatro clásico–, la función del actor queda completamente eliminada. Algunos espectadores se van confundidos, otros de veras enfadados. Reacción que me recuerda la de unos estudiantes, en 1997, durante un taller con Allan Kaprow, padre del happening. El artista les había pedido que se pasaran un plato de pollo asado, lo cual enojó a unos cuantos. Para éstos el artista era un embustero, ya que, según ellos, los gestos del cotidiano no podían ser considerados arte y por lo tanto, sólo en un evento preparado como tal la utopía paradójica del happening se volvía arte. Allan les respondió que prefería que los espectadores se hicieran preguntas sobre el arte a darles una respuesta. Y con calma y serenidad aceptó los reproches como si no hubiera pasado nada. El arte no tiene como único objetivo procurar diversión o el goce de la belleza, sino que pretende también dejar una imagen que obligue a pensar, a imaginar, a cuestionar. En la Comédie, tras la presentación de *El Triunfo de La Libertad*, la indignación de varios espectadores era la misma.

La cifra 0 representa el imaginario puro en sentido matemático. En el nuestro la Nada permite imaginarlo todo. Y esto es objeto de asombro en el arte contemporáneo. Sin embargo, la Nada que ver-oír es aún más sorprendente. La puesta en escena de la Nada esconde pues un secreto, ya que impele a buscar (y a rebuscar) un sentido disimulado. En *El Triunfo de La Libertad* se oculta otro escenario paralelo, movido por una energía

absurda, aniquiladora. La apariencia, y la paradoja, de la Nada crea un significativo vacío –una nada fuente de la indiferencia estética. Esta forma de la nada (o del vacío) no es transcendental, sino que absorbe cualquier forma del sentido, sustrayendo algo del orden de lo visible. Al alejarse de la actividad ritual del teatro, la pieza subvierte toda evidencia, toda convención.

El antiteatro es el éxtasis del teatro y, para romper la sobre-significación impuesta a las cosas, *El Triunfo de La Libertad* entra en un proceso de degradación que se insinúa como alternativa a lo real, al Otro arte catastrófico. No en el sentido de un apocalipsis material, sino más bien en el de un desajuste de todas las reglas del juego. No olvidemos que Duchamp y Warhol son los pioneros de esta escuela del anti-arte y de la anti-estética.

No hay nada menor en esta puesta en escena valiente, radical e irónica en un sitio histórico tal como la Comédie. La deconstrucción hasta las últimas consecuencias desafía al espectador: lo desafía a llevar la ilusión más allá de la desilusión.